

Alberto Guillen

LAMENTACION ANTE LA MOMIA DE PIZARRO

A DOMINGO MELFI.

*Tengo que devolverte la visita, caballero, porquero,
[capitán.
Germinaste en el vientre de una criada de convento
y llegaste a ser amo del Perú.
Los yanquis te habrían consagrado un self made man.
Los keswas, en su lengua dulce, te llamaban «el capitán
[anciano de la barba».*

*Nos duele tu felonía en Cajamarca, don Francisco.
3,000 confiados indios arcabuceados y el único hispano
[herido Tú!
La espada de un soldado tuyo te castigó la inicua mano.*

*Nos está doliendo Cajamarca, como a ti te dolía
Dios en la uña de Atahualpa.
Y qué miserable nos parece aquel tesoro: «Oro
en estos tres salones, hasta donde alcance mi mano»
con que compró su muerte el Inca zonzo.*

*Sólo se ennobleció tu vida con tu muerte, Marqués.
(En la misma vara en que mediste te midieron.
—A la guarida del león vinisteis— dijiste bellamente.
y machucaron tu cabeza con un cacharro inca.*

Sólo dieron su vida por ti dos pajecillos
que se portaron mas hombres que tu Alcalde palangana
[y gallina.
Y te enterraron entre gallos y media noche, con cuatro
[lágrimas
y cuatro velas, tus sirvientes.

Quizá aquel beso a la cruz que hiciste con tu sangre
fué el único beso de tu vida condotiera.

Y yo quería verte. Y fuí a la Iglesia Catedral de Lima,
pobre, querido, noble, valeroso y felón capitán.
Allí Leguía te ha hecho construir una vitrina;
Leguía, ese otro halcón que estuvo con nosotros en la Isla
[del Gallo.

Y fuí por ti, Marqués. Ya no tenías gorguera,
ya no tenías empaque, ni barragana india ni armadura.
Tu mayordomo de tumba es un mulato.
Enciende un fósforo y nos dice:—Aquí le dieron la esto-
[cada,
y por aquí murió.
Y nos muestra un hueco donde tenías en otro tiempo el
[corazón.

—Y lo amarraron de las piernas, sigue,
en la botella están las vísceras y en el tubito los papeles.
Tu marquesado, señor don Francisco, tus pergaminos
[Caballero de Santiago,
todas las alas de los sueños que soñaste, niño porquero.

Estás tendido allí, solito, capitán del tumulto;
seco, agujereado. La muerte te ha afeitado las barbas;
la muerte te ha encogido, a ti que no cabías en España
[ni en América!
Y te ha metido en una urna como un Cristo en salmuera.

Un león de bronce es lo único heroico. Pero se muere
[de bostezo!
y dos mujeres, de frío bronce también,
lloran tu miseria presente, capitán. Una abraza
una espada y la otra se limpia las legañas.

Te han rellenado la cabeza de algodones,
capitán de los sueños inmensos y de los galeones,
y han puesto algodón en el sexo y donde tenías corazón.

Estás tan feo, tan sin arrogancia, tan chiquito,
que Carmencita, la hija de mi amigo Ureta, dice:—Uf,
[qué asco!

Qué asco, sí, de la gloria y de la espada
que ensuciaste en la sangre de Almagro y en la fe de
[Atahualpa.
Qué asco de todo ese tumulto de caballeros salteadores
y de haraganes frailes asesinos.

Qué asco, sí! De tu epopeya bufa, ávida, sangrienta
sólo nos queda el limpio fulgor de tu espada ante los 13,
y el desparpajo alegre del truhán
que se jugó a los dados el sol tahuantisuyo esa mañana.
Nada más, Caballero. Ah, si: tu beso a Don Quijote ese
[otro tarambana.

—Que tenga usted un buen día, patroncito,
me ha dicho este mulato monedero de tu momia.
Yo no lo miro, no lo escucho, soy tu momia.
Y salgo mudo, como en mortaja, tengo vergüenza de tu
[gloria.
Y no le doy al mulato limeño una propina.